



Entrevista a Sergio Schmucler

Paula Maccario y Liliana Pereyra

En *La Sombra Azul* hay escenas y referencias a situaciones oníricas. Nos preguntábamos cómo manejaste este recurso, qué te permitió, qué indagabas en esas búsquedas en la trama de la película.

Y relacionado con lo anterior, nos inquietaba el hecho de que una de las escenas cruciales de la película -el último encuentro entre Javier y Ludueña- transcurre con una “luz”, en un clima tan enigmático. ¿Esa densidad juega con la posibilidad de ser pensada como imaginaria?

A la hora de “hacer vivir” a un personaje, considero imprescindible sumar su universo onírico, porque en los sueños pasan cosas, incomprensibles, pero que el espectador suma (aunque sea de manera difusa) al universo de “¿qué tiene ese personaje en la cabeza?” (en el caso de Javier: su amigo convenciendo a un torturador de la importancia de cuidar muy bien los techos, un torturador haciendo un acto de magia para calmar a un torturado, el vecino que barre junto a Ludueña y ambos los miran sonrientes y calmos, etc).

La escena entre Javier y Ludueña está concebida en su totalidad para que pueda ser pensada como “quizás esto no ocurrió”. No sólo el tipo de iluminación utilizada, sino los elementos más evidentes: un hombre que habla y fuma de lo más tranquilo con un cuchillo clavado, una chica que pasa a comprar algo y Javier la atiende como si no pasara nada anormal (eso ocurre a menudo en los sueños, hacer cosas cotidianas en medio de situaciones sospechosamente extraordinarias), detener una hemorragia con una bufanda y al final el hombre de la escoba -en su segunda aparición onírica- en una hora absurda para tal tarea.

¿Es otro sueño de Javier? ¿Es lo que Javier quisiera que ocurra? ¿Es lo que la joven que lo escucha con tanta atención en el café desea que hubiera ocurrido? ¿Es lo que el público quisiera que ocurra, en la doble vertiente propuesta por la escena: tomar venganza por mano

propia por parte de las víctimas, por un lado, y darle la palabra a los victimarios, por el otro? (esto imaginando, también, dos clases de espectadores: tanto los que están del lado de las víctimas de manera exclusiva, como los otros, los que -aunque no lo reconozcan- piensan que hubo razones aceptables para la represión ilegal)

Me pareció interesante sugerir que el que no necesita mentir es el “malo” (confiesa su sueño sobre el cabrito-bebé y que no puede eyacular con su esposa para que el público confirme su honestidad).

Creo que esta escena se vuelve de algún modo siniestra y es apenas soportable. El público se ríe casi siempre cuando aparece la chica compradora. Después deja de reírse y empieza a preguntarse de qué se reía un momento antes. Pienso que es una risa histérica, no de alegría (¿Hay risa alegre?) Pienso que esta secuencia es la mayor provocación de *La Sombra Azul*.

En el sentido de los (des)encuentros intergeneracionales que habilita pensar la película: la joven que escucha a Javier, ¿de algún modo “representa” a las nuevas generaciones, las de la reapertura de los juicios? ¿Cuál es su lugar en la película? ¿Cómo las estás pensando históricamente?

No pensé en el grupo de jóvenes que acompaña con simpatía o con fervor militante los juicios, más bien pensé en el grupo (al que creo mayoritario) que tomó distancia de nuestra generación, porque le contamos de tal manera las cosas que no nos creen. Ellos intentan entender, pero como no logramos narrar una verdad clara se alejan, como el personaje de Elisa Gagliano que termina yéndose, no deseando participar en un acto sustentado en una mentira. Javier, al participar de ese acto protocolar, acepta los honores del poder político asumiendo un heroísmo que no existió. Javier le había dicho a ella: “a mí nunca me pidieron que hiciera nada”, y sin embargo ahora, para obtener reconocimiento social, acepta que lo homenajeen como héroe. Incluso él mismo cuando la invita a ir a la ceremonia y le da la entrada, de algún modo reconoce que hay algo de engaño, de farsa, cuando le dice que la entrada sirve para dos personas... “como en el teatro”. Esa aceptación de la mentira queda plasmada cuando canta el himno, por eso duda antes de empezar a cantarlo. Por eso

su amigo, el que no puede ni siquiera vivir en el país, observa si lo cantará o no y, por su gesto, parece que se decepciona de él.

Volviendo a la joven que se va porque no quiere ser parte de eso. La consecuencia que provoca esta manera poco creíble de construir la memoria en la que Javier participa es que esa generación se vuelve insensible a esos temas, al grado que camina indiferente, sin verlo, junto al cartel de Julio López. Esa es la consecuencia de que no logremos establecer espacios de reflexión y debate honestos. Otra cosa que está en juego en la película es el asunto de por qué el Estado necesitó inventar un falso heroísmo para que Javier (Luis Urquiza) obtuviera la pensión y jubilación que le correspondía como policía. ¿Si no fue el héroe que se negó a torturar, no se la daban?

Por último, nos podrías contar cómo fue recibida La Sombra Azul por los distintos públicos y especialmente por los organismos de DDHH

La película ha confrontado una gran diversidad de públicos; por ejemplo, hace un mes me invitaron a hacer una serie de presentaciones en tres universidades del Estado de Minesotta, en donde la vieron y analizaron diversos núcleos de estudiantes y profesores vinculados a estudios de cultura latinoamericana, DDHH, relaciones de los Estados Unidos con América Latina, etc. En ese caso, las preocupaciones más sostenidas tuvieron que ver con la dificultad de comprender cómo era posible que nuestra sociedad hubiera soportado (¿cobijado?) la presencia de los represores ilegales durante tantos años, en plena democracia.

En el caso de los espectadores en Argentina, yo diferenciaría cuanto menos tres tipos de respuesta:

a) Los que agradecen que la película ofrezca una visión de la historia más compleja y que retrate la tragedia del individuo subsumido a los engranajes del poder.

b) Los que sienten que por fin se dice lo que ellos piensan respecto a las organizaciones armadas, pero sin sacrificar su posición de izquierda.

c) Los que me acusan de reivindicar la teoría de los dos demonios.

Tuve que enfrentar cuestionamientos a veces bastante duros por parte de algunos integrantes de organismos de DDHH, que repudiaron la escena en que Javier acuchilla a Ludueña, aduciendo que nunca pasó algo parecido y que eso podía ser interpretado como que la búsqueda de justicia era en realidad búsqueda de venganza, o me objetaron que apareciera el cartel de Julio López porque era una manera de “cargarle un desaparecido al gobierno”, lo que rebajaba el valor de la política sobre los juicios y todo lo que se había logrado. Pero probablemente lo que consideraban más grave era haberle concedido la palabra a Ludueña.

En general, ese tipo de cuestionamientos, cuando ocurren en medio de un debate (la película genera largos debates prácticamente en todas sus presentaciones), hace que otros espectadores respondan con ironías diciendo que esas críticas son justo lo que cuestiona en la escena de la cocina la diputada Laura Sánchez.



